

La palabra poética: José María Valverde en 1952

JOSÉ-CARLOS MAINER
Universidad de Zaragoza

DILUCIDACIONES GENERACIONALES

En el número 23-24, 1949, de la revista universitaria *Alfárez*, un José María Valverde de veintitrés años, que a la sazón estudiaba el doctorado en la universidad de Madrid, escribía —con su seudónimo habitual de «Gambrinus»— un divertido artículo para burlarse de la muy reciente manía de regimenter generacionalmente la vida española¹. No parecía importarle mucho que aquella periodización histórica tuviera el *pedigree* de «los grandes postkantianos y los románticos alemanes, hasta nuestro próximo Laín Entralgo, pasando entre otros por Dilthey, Petersen y Ortega», ni siquiera que al cabo fuera un «fértil molde de la concepción del transcurrir universal», «pulido y esclarecido hasta tocar el límite de su perfección posible». Lo malo era «el uso inmediato y a granel de la generación, en manos de inexpertos adolescentes, ansiosos de asumir papeles de conductores del pensamiento político, y en manos de zafios propagandistas de lo que no necesitaba propaganda». A tanto se había llegado, decía «Gambrinus», que no estaba lejano el día en que la criada podría darnos como descripción de un visitante la de que era «sobre poco más menos, como de su generación de usted...».

1. «La degeneración de la generación», en *El arte del artículo (1949-1993)*, Universidad de Barcelona, 1994, pp. 15-17. Sobre esta revista, una de las más significativas del mundo del SEU, cf. Antonio Lago Carballo, «Crónica y repaso de la revista *Alfárez*», *Homenaje al profesor Juan Velarde Fuertes. Economía española, cultura y sociedad*, Madrid, Eudema, 1992, vol. III, pp. 489-510, y Jordi Gracia, «Un episodio menor de la política de Hispanidad: la revista *Alfárez* (1947-1949)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXIX/3 (1993), pp. 107-112.

A pesar de aquellas cautelas iniciales, el joven poeta extremeño sabía muy bien que en 1945 Laín había publicado un resonante libro sobre la generación del 98 y que Dámaso Alonso acababa de echar a volar el concepto de «generación del 27», y seguramente incluso conocía que estaba empezándose a hablar de «generación del 36». La literatura de postguerra estaba empezando a serlo, a ser fruto y conciencia, quiero decir, de una dolorosa postguerra, y el «generacionismo» era un síntoma de responsabilidad moral tanto como escaramuza preliminar de un *canon*. Pero Valverde nunca gustó de las etiquetas. Y, sin embargo, distaba mucho entonces de saber que no iba a ser nada fácil catalogarle a él mismo y que en la eventual discusión de su pertenencia generacional reside buena parte de su secreto: ¿fue el benjamín de la generación de 1936, pese a ser en rigor un «niño de la guerra», como nacido que fue en 1926? ¿Ha de contar como miembro de mucho peso de la «generación de los cincuenta», ya que solo lleva un año a Benet y Sánchez Ferlosio, tiene la misma edad que José Manuel Caballero Bonald, Ángel Crespo, Jesús Fernández Santos, Ana María Matute y Alfonso Sastre, y un año menos que Ángel González?

La precocidad confunde y por eso Valverde fue —como solía decir con buen humor— «ascendido de generación»². En 1945 publicaba *Hombre de Dios*, en la línea de una «poesía arraigada» y fervorosamente católica, como consignaba en su prólogo —simpático pero algo frívolo— Dámaso Alonso, quien precisamente había sido el inventor del marbete³. Cuando en 1949 Valverde dedicó su segundo libro de versos, *La espera*, a Leopoldo Panero, consignó complacido su dependencia espiritual de quienes le habían precedido en diez o doce años. Los términos del poema-dedicatoria son inequívocos:

Como un hermano mayor me hablas
de aquellos años de que has vuelto,
en que tú estabas por las tierras
y yo en la infancia de mis sueños⁴.

2. Lo cuenta, sin precisar la fuente, Víctor García de la Concha, *La poesía española de 1935 a 1975*. 2. *De la poesía existencial a la poesía social 1944-1950*, Madrid, Cátedra, p. 864.

3. *Hombre de Dios (Salmos, elegías y oraciones)*, Madrid, Instituto Nacional «Ramiro de Maeztu», 1945. García de la Concha cita el libro como editado por la colección «Adonais», error que repite algún otro estudioso. El prólogo de Alonso, «En busca de Dios», puede leerse en *Poetas españoles contemporáneos* (1952), Madrid, Gredos, 1965, pp. 371-380.

4. *Enseñanzas de la edad (Poesía 1945-1970)*, Barcelona, Barral, 1970, p. 31, por la que citaré en lo sucesivo Hay una compilación anterior, *Poesías reunidas (hasta 1960)*, Madrid, Giner, 1961, más amplia que la selección del autor en 1970; y otras dos posteriores, *Poesías reunidas (1945-1990)*, Bar-

También fue muy explícita la aceptación del padrinzago, que queda muy clara, por ejemplo, en los recuerdos de Pedro Laín Entralgo, cuando evoca que la postguerra iba estrechando relaciones entre los coetáneos «y los más jóvenes, entre los cuales todos veíamos descollar a José María Valverde —qué confortante sensación de descubrimiento la lectura de *Hombre de Dios*, en 1947—, y con ella la certidumbre de que la mejor vena poética en España no había sido cortada por la guerra civil. Valverde, con Cela y Carmen Laforet, la humanísima trinidad de las grandes revelaciones literarias en nuestra inmediata postguerra»⁵. La fecha del libro de poemas está equivocada y la trinidad no es muy ortodoxa, pero hay un componente biográfico, mucho más importante, que explica la relación privilegiada de Valverde con sus mayores: su parentesco político con Luis Felipe Vivanco. El arquitecto y poeta, dióscuro de su íntimo Luis Rosales, había conocido por mediación del Padre José María Llanos a María Luisa Gfaell, vienesa, hija de judío polaco y de vasca, escritora y pianista, con la que se casó en abril de 1945. El matrimonio trabó relación en 1946 con el joven Valverde que en 1952 se casó con la hermana menor de María Luisa, Pilar Gfaell. Compartieron los futuros cuñados muchas horas de tertulia —a menudo, en la casa de Juana Mordó— y, sin duda, el paulatino desencanto ante un régimen político rahez y cuartelero del que, sin embargo, ya fuera de un modo u otro, todos vivían. Vivanco fue quizá el menos beneficiado y puede que, por eso, el más tempranamente crítico: en 1949, por ejemplo, renunció a aquel viaje de propaganda poético-política por América al que se apuntaron Luis Rosales y Leopoldo Panero y que tantos reproches y chufas les trajo. Fue, sin embargo, ese año una fecha de esperanzas literarias comunes. Había publicado en «Adonais» su hermoso libro *Continuación de la vida*, Panero había dado a conocer *Escrito a cada instante* y Luis Rosales, *La casa encendida*. El día en el que se hizo la primera lectura pública del último poema, los amigos cenaron en «El Cuatro», una casa de comidas de Argüelles que visitaban a menudo, y luego siguieron la fiesta en casa de Aranguren. A la vuelta, Vivanco apuntaba en su diario: «Ahora ya tenemos cada uno nuestro libro: Leopoldo, Luis y yo. Me alegrará que publique su libro Alei-

celona, Lumen, 1990, que reproduce el texto de 1970, aunque incrementado con nuevos poemas, y *Obras completas, 1: Poesía*. Ed. de Rafael Argullol y David Medina, Madrid, Trotta, 1998; en orden a la disposición y amplitud de este último texto, cf. las sensatas consideraciones sobre su edición hechas por Francisco Rico, «El alma de Garibay», *Saber/leer*, 128 (octubre de 1999), p. 12.

5. *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, pp. 366-367.

xandre. ¡Qué buen año lírico se prepara! [...] Volvemos a entrar en la vida activa literaria. No hay quien lo pare»⁶. Y allí estaba también el benjamín, que dio a conocer *La espera* en este año de éxitos... Por aquellos días, Vivanco había vuelto a leer a Vallejo, para entender mejor un trabajo de Valverde del que hablaré enseguida. No es solo cuestión de una afortunada coincidencia de títulos egregios. Detrás de ellos se perfilaba también una poética que tiene muchos nexos comunes, aunque los puntos de partida fueran tan distintos: Panero y Rosales venían de la rehumanización de corte cristiano y aire neorromántico que había auspiciado *Cruz y Raya*; Vivanco, que era sobrino de Bergamín, había frecuentado, por su parte, el grupo de la «Escuela de Vallecas» y se sentía más deudor de Machado que de Juan Ramón; Valverde había leído a Juan Ramón a través de Rilke y Hölderlin, y a Machado mezclado con Eliot y la común aspiración de ambos al poema extenso de índole narrativa. Pero todos buscaban algo similar, he subrayado, y Valverde, como veremos, acertó a erigir un nombre-consigna —la «palabra poética»— y una muy oportuna teorización del caso.

El camino, en todo caso, pasaba por Roma adonde el poeta fue como lector de español en su universidad el año de 1950. La Italia del neorrealismo y de la libertad era, de suyo, un lugar incitante donde católicos y comunistas discutían a viva voz, y no solo en las divertidas aventuras de don Camillo y Peppone, el cura y el *sindaco* comunista que había inventado el periodista monárquico Giovanni Guareschi. Pero además, para un joven inquieto, la colonia española en la ciudad era otro estímulo intelectual relevante: el embajador ante la Santa Sede era Joaquín Ruiz-Giménez, el historiador y antropólogo Ángel Álvarez de Miranda dirigía el Instituto Español de Historia y Arqueología y el rector de la iglesia española de Montserrat era Maximino Romero de Lema, que tenía como vicerrector al sacerdote y musicólogo Federico Sopena. Quien además actuaba de capellán de la Academia Española, el hermoso edificio del Gianicolo, donde residió Valverde y desde donde bajaría al Trastévere y a la ciudad por algunas de aquellas escaleritas que se esconden entre los pinos de la falda de la colina. Por sus habitaciones pasa-

6. *Diario 1946-1975*. Ed. de Sol Vivanco, Madrid, Taurus, 1983, p. 52. De ese año de 1949 son los fallidos proyecto y manifiesto colectivos de «Poesía Total» de los que proporciona breve noticia Víctor García de la Concha, *La poesía española de 1935 a 1975*. 2. *De la poesía existencial a la poesía social 1944-1950*, ed. cit., pp. 843-844.

ron Eugenio D'Ors, Dámaso Alonso o Pedro Laín Entralgo que viajaron como conferenciantes de postín. Y muy a menudo los visitaba Dionisio Ridruejo que, a raíz de su ruptura con el franquismo, vivía en Roma del producto de una corresponsalía de *Arriba*, el periódico madrileño de Falange. Recordando aquellos años, el antiguo jerarca confesaría que Valverde fue para él «una de las mayores influencias de mi vida», pese a que, a comienzos del verano de 1951, Ridruejo se reinstaló en Madrid. Muchos suscribiríamos el sagaz retrato que hizo de su joven amigo: «Parecía entonces un niño crecido en exceso con sus grandes ojos oscuros y su divertida nariz de pájaro. Era intenso. Primero parecía absorto, pero enseguida se le sentía absorbente»⁷. Ambos escritores contemplaron un atardecer de verano la silueta de la ciudad desde el monte Pincio. El espectáculo de las cúpulas recortándose sobre el cielo encendido inspiró a Valverde una composición, «Carta romana a Pablo Antonio Cuadra», que — fechada en 1950— figuraría luego en la colección *Versos del domingo* (1954). Se trata de un hermoso y algo ingenuo poema de talante holderliniano que celebra el final de la historia y la alborada de la sencillez (y la solidaridad) de los hombres. Por eso, pasa de una cita indirecta de Mallarmé («La chair est triste, hélas!, et j'ai lu tous les livres», verso inicial de «Brise marine») a una atrevida visión cristológica, que debe mucho al naciente existencialismo católico:

Después de haber leído todos los libros, sólo perdura un rumor tenue, un resón de los siglos y sin poder vivir bajo las grandes palabras, sentados a la puerta de nuestro ser desnudo vemos cómo se queda en cueros nuestro Cristo⁸.

No se equivocaba Federico Sopeña al decir que «sus poemas, con un sello de juventud que no podían tener los de Vivanco, parecían estrenar amor al máximo, tensión religiosa al máximo». Ni erraba al proyectar aquellos principios sobre los años de madurez del escritor: «¡Qué hermosa, qué testimonial la historia «contestataria» de Val-

7. *Sombras y bultos* (1977). Ed. de César Armando Gómez, Barcelona, Destino, 1983, p. 161. Sobre *Revista. Semanario de Actualidades, Artes y Letras* (1952-1955) valdría la pena escribir por extenso; solo conozco un trabajo de notable interés (y con aspecto de ser resumen de un empeño mayor), original de Núria Santamaría, «*Revista* (1952-1955) i l'introducció del realisme social narratiu», *Els Marges*, 39 (1989), pp. 95-109.

8. *Enseñanzas de la edad* (*Poesía 1945-1970*), ed. cit., pp. 68-69. Una reflexión parecida en la primera de las notas que, fechadas en 1950, componen «Del diario de un joven literato», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 56 (1954), que cito por *El arte del artículo* (1949-1993), ed. cit., p. 25.

verde! Y es el mismo, tan puro y tan feo como de joven»⁹... En todo caso, Roma fue un espacio y un tiempo de plenitud, incluso con lo que tal cosa tiene de petulancia cuando se tienen veintipocos años. Los *Versos del domingo*, nacidos en Italia, son una plasmación de la fuerza de aquel concepto, «palabra poética», que empezaba a desarrollarse. Y que en el «Salmo dominical ante el verano» tiene, sin embargo, algo del regocijo intelectual con el que Pedro Salinas —un poeta que leyó intensamente— había recorrido su jovial cosmografía de *La voz a tí debida*:

Al estipular las palabras justas, como si girara una llave,
al irlo a nombrar todo, sentí que me invadían campos de
humanidad
mares de tumulto y lenguaje...¹⁰.

EN 1952...

En 1952 José María Valverde era, de nuevo, el benjamín de la *Antología consultada de la joven poesía española*, de Francisco Ribes, que fue una auténtica primera constitución de la poesía de postguerra, hecha a partir de poetas de edades bastante distintas, pero todos mayores que él. Victoriano Crémer había nacido en 1906, Gabriel Celaya era de 1911, de 1916 Blas de Otero y de 1919, Vicente Gaos y Rafael Morales; los más próximos en el tiempo resultaban ser José Hierro (1922), muy cerca de Carlos Bousoño y Eugenio G. de Nora, ambos nacidos en 1923. Las poéticas eran muy distintas pero todos estaban muy metidos en su papel de ser conciencia moral de un país en purgatorio de postguerra. Nadie les había pedido que hablaran del realismo como horizonte estético, de la vuelta a la poesía comprometida, o del repudio del formalismo neoclásico, pero todos echaron su cuarto a espaldas acerca de la cuestión: Rafael Morales, incluso, lo hizo para quitarse de encima la imputación de ser un experto sonetista (también lo fueron, por su lado, Otero y Hierro). Precisamente Otero ha pedido «demostrar hermandad con la tragedia viva y luego, lo antes posible, intentar superarla» (la alusión a la guerra es patente) y cree que «hay que escribir a favor del viento pero contracor-

9. *Escrito de noche*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, p. 122. Sobre esta etapa italiana, cf. también *Defensa de una generación*, Madrid, Taurus, 1970, cap. III, «Roma».

10. Enseñanzas de la edad (Poesía 1945-1970), ed. cit., p. 57.

rriente». Bousoño declara que no soporta a Herrera, Garcilaso y Fray Luis, con la excepción la «Oda a la Ascensión»; Celaya, por su lado, afirma que «la poesía no es nuestra», ya que «es un instrumento, entre nosotros, para transformar el mundo», un «cortocircuito de dos hombres» —autor y lector— que, por tanto, «quema y deja en nada la materia verbal». Masoquista, Crémer afirma que «no creo en la Poesía, aunque la ame»; Hierro, partidario de que la lírica actúe como conciencia de la impotencia, cree que «en el doble ser poeta-hombre, el hombre baila al son que le toca su poeta», porque hay tres especies de poetas, «los que nada tienen que decir, los que no saben decir lo que pretenden decir, los que no resuenan con su tiempo». Y él prefiere ser de los segundos. Para Nora, marxista ortodoxo, «la poesía es algo tan inevitablemente social como el trabajo o la ley». Nuestro Valverde es una llamativa excepción en este coro de poéticas de urgencia. Y debió de ser bastante consciente de esto. Se le ha ocurrido hablar de «Poética y metafísica» y quiere recordar que «la poesía es arte», pese a que vive (se supone que en la España del momento, claro) «en un clima de contenidos a palo seco, de alaridos entrañables, de metafisicisms más o menos existencialistas». Por un lado, vindica a Heidegger y su lectura filosófica del quehacer poético. Pero, por otro, más cercano a las exigencias eliotianas (y a un lenguaje crítico que fue común en la generación del 27), declara que «la poesía se compone de poemas, de curiosos objetos como piedras» y estos «de palabras, esas duras exterioridades». Otra vez, la «palabra» como sinónimo de acción lírica...¹¹.

Pero el año de 1952 no solamente fue el del escándalo de la *Antología consultada de la joven poesía española* que, debiendo tener diez poetas, se quedó en nueve (por aversión al décimo, el laureado y *garcilasista* José García Nieto). Ya sabemos que para Valverde fue año de nupcias y de doctorado. Las plateas madrileñas aplaudieron una comedia de Edgar Neville, casi perfecta, *El baile* (en París, Beckett dio a conocer *Esperando a Godot*); los poetas leyeron *Quinta del 42*, de José Hierro (Paul Celan publicó *Amapola y memoria*) y Luis Romero obtuvo un notable éxito con *La noria* (Hemingway se hizo internacionalmente famoso con la edición de *El*

11. Francisco Ribes, *Antología consultada de la joven poesía española (edición facsimilar de la realizada en 1952)*. Prólogo de Josefina Escolano, Prometeo, Valencia, 1983. Josefina Escolano es el nombre civil de la poeta María Gracia Ifach, viuda de Francisco Ribes, que da sucinta noticia de la gestación de este libro. La nómina de «consultados», en la página 17.

viejo y el mar). Sobre todo, fue un año de notables ensayos de alta divulgación académica, género en alza: Ricardo Gullón dio a la luz *De Goya al arte abstracto*, que recogía las batallas del «Grupo Altamira» en pro de una pintura no figurativa; Laín entregaba *Palabras menores* y *La universidad en la vida española*; Dámaso Alonso recogió artículos dispersos en *Poetas españoles contemporáneos* y, entre ellos, su nota sobre «arraigados y desarraigados», su prólogo a *Hombre de Dios* y su apunte fundacional sobre la «generación del 27»; Aranguren, tan cercano al grupo, publicó *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, uno de sus títulos más influyentes.

No debió pasarle inadvertido el congreso de poesía en Segovia, que fue una convocatoria oficial —a través de Joaquín Pérez Villanueva, director general en el Ministerio Ruiz Jiménez— pero que contó con el apoyo expreso y la asistencia de Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, entre otros. Y la participación de un grupo más que representativo de poetas en catalán, con Carles Riba, Clementina Arderiu, Marià Manent y J. V. Foix, que asistieron con sus colegas de expresión castellana a las sesiones celebradas en la románica iglesia de San Quirce (sede de la Universidad Popular que, hacía veinte años, habían organizado Antonio Machado y sus amigos segovianos). Para Valverde tuvo particular importancia la fundación barcelonesa de *Revista*, por parte del industrial catalán Albert Puig Palau y bajo la dirección nominal de su amigo Dionisio Ridruejo. La estupenda publicación fue, mientras anduvo por Roma, su palenque predilecto en España. El talante de *Revista* era el suyo: combinaba la brillantez y la paradoja —un sí es no es pedante— al estilo dorsiano, la solidez compacta de un catolicismo debidamente *aggiornato*, la voluntad de movilizar espíritus sin abandonar del todo el fondeadero propicio de la «Victoria» de 1939. Un artículo de Ridruejo, «Excluyentes y comprensivos», aparecido en el número 1 de *Revista* (17 de abril de 1952), dejó las cosas muy claras: se había terminado la alianza táctica que se amparó bajo el triunfo militar porque se hacía cada vez más evidente que «para el reaccionario toda acción encaminada a definir un problema español es una traición». En esa coyuntura, quienes fueron falangistas y lucharon contra «rojos» y laicistas, ahora «se sienten herederos de todos esos precedentes —de las tentativas y no de las soluciones—, aun de aquellos que en el orden ideológico o positivo son más opuestos a sus creencias». Y poco más arriba ha dicho: «No han luchado por excluir sino para convertir, convencer, integrar y sal-

var españoles»¹². Era el espíritu que alentó la fundación de *Escorial* primero y de *Cuadernos Hispanoamericanos* después, pero ahora estas cosas se enuncian desde una revista privada (y no amparada por los despistados despachos oficiales), desde una Cataluña que suscitaba serios recelos en un país centralista y, a mayor abundamiento, en el segundo año de Joaquín Ruiz-Giménez (antiguo *propagandista* y falangista, amigo de todos los que se han ido citando) en el Ministerio de Educación Nacional.

UN LIBRO DE VALVERDE EN UNA EDITORIAL DEL OPUS DEI

La polémica consiguiente al artículo de Ridruejo traería cola... Jorge Vigón y Claudio Colomer Marqués, desde *La Vanguardia* y *El Correo Catalán*, sepultaron al autor bajo sus dicterios. Pero Vigón no pasaba de ser un general alarmado y Colomer, un «joven de brillante porvenir desde hace varios lustros» (como decía el venenoso Ridruejo). El peligro más inmediato venía de la rampante «tercera fuerza» que, por entonces, se presentaba como una nueva esperanza de la derecha española, emplazada entre el desbordamiento del falangismo hacia la izquierda y la manifiesta catatonía del franquismo más tradicional. Aquellas gentes eran monárquicos doctrinarios, católicos orgullosos, convencidos de la superación del liberalismo, fascinados por la eficacia económica y administrativa, europeístas *ma non troppo* y, sobre todo, bastante megalómanos y dados a la intriga. Casi todos, por no decir todos, pertenecían al Opus Dei y en los años que siguieron patrocinaron una significativa actuación intelectual que no ha tenido todavía su historiador. Dominaban en la práctica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y, sobre todo, su revista general, *Arbor*, a la vez que preparaban cuidadosamente la creación de su propia universidad en Pamplona. Uno de sus más activos hombres, Florentino Pérez Embid, fundó la revista *Atlántida* y otro de sus mejores polemistas, Vicente Marrero, organizó *Punta Europa*, que flanquearon, en un tono más moderno pero no más abierto, la oscura y aburrida publicación de *Nuestro Tiempo*¹³.

12. Cito por su reproducción en *Casi unas memorias*. Ed. de César Armando Gómez, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 301-303.

13. La citada «Biblioteca del Pensamiento Actual», de Rialp, fue, en buena medida, el escaparate ideológico de la «Tercera Fuerza», sobre todo a partir de la publicación de la *Teoría de la Restauración*

Todos, sin embargo, coincidían en la actividad de la Editorial Rialp, cuya gestión fue también cosa de Pérez Embid y que, en este caso, nunca disimuló su vinculación orgánica con el Opus Dei: el nombre de la casa y su emblema —una rosa de madera— honraban una leyenda piadosa que había contado a sus íntimos el propio Escrivá de Balaguer. Y fue que, huyendo de la España republicana para ganar suelo francés, en plena guerra civil, había hallado entre las nieves que cubrían el suelo del bosque gerundense de Rialp aquella enigmática rosa artificial que entendió como vaticinio de buena fortuna y signo de salvación. Rafael Calvo Serer fue, desde 1948, el encargado de llevar a puerto la colección más significativa de la editorial, la «Biblioteca del Pensamiento Actual», cuyo número 12 habrían de ocupar los *Ensayos sobre la palabra poética* de nuestro José María Valverde, envueltos al propósito en una de aquellas severas sobrecubiertas con orla gris (el color reservado a las obras de «crítica artística y literaria»). Fue, pues, como leemos en la solapa editorial, uno de aquellos «frutos, rigurosamente seleccionados, de la renovación de ideas que actualmente se opera en el pensamiento universal».

¿Cómo diablos se había extraviado este libro, tan representativo del espíritu de los «comprensivos» de 1952, tan explícitamente vinculado al grupo de ex-falangistas desengañados, tan católico al nuevo modo, en la colección de libros más representativa de sus enemigos? Quien no sepa contestar a esta pregunta retórica —o, simplemente, dejarla a un lado— entenderá muy poco, o nada, de un mundo intelectual al que caracterizaban el oportunismo en las cuestiones prácticas (publicar era lo primero...), tanto como el pragmatismo en las discrepancias ideológicas. A fin de cuentas, como había recordado Ridruejo en su artículo de 1952, todos venían de la misma trinchera

(número 15, 1953), por parte de su director, Calvo Serer. El número 22 fue *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional* (1954), del carlista Rafael Gambrá; el 27, *La monarquía tradicional* (1954), de Francisco Elías de Tejada, y el 35 recogió unos *Escritos sobre la instauración monárquica* (1955), de José Ignacio Escobar, Jorge Vigón y Eugenio Vegas Latapié; el 38 ofreció la traducción de un libro de Henri Massis, *La vida intelectual en tiempos de Maurras*; el 42, la de *La monarquía en el siglo XX*, de Sir Charles Petrie, y el 64, las *Cartas a un escéptico ante la Monarquía*, de Pemán. Sobre las actitudes de los monárquicos ante el franquismo, cf. los libros de Javier Tusell, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984, y José María Toquero, *Franco y Don Juan. La oposición monárquica al franquismo*, Barcelona, Plaza y Janés-Cambio 16, 1989, que, sin embargo, no tratan mucho de la «Tercera Fuerza». Sobre la convergencia táctica de los católicos y la izquierda no comunista en el Congreso de Munich (junio de 1962), cf. Joaquín Satrústegui (ed.), *Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio» de Munich*, Madrid, Tecnos, 1993. Para la valoración de las actitudes personales e intelectuales de Calvo Serer, sigue siendo imprescindible el libro de Daniel Artigues (Jean Bécarud), *El Opus Dei en España. Su evolución ideológica y política. 1: 1928-1957*, París, Ruedo Ibérico, 1968, pp. 127-165.

y presuponían que habría hueco para todos en una necesaria e inevitable reorganización del franquismo. El paso de los años (la guerra empezaba a estar lejana...) había limado asperezas y algunas instituciones de las cercanías del poder no hacían remilgos a la colaboración de unos y de otros, e incluso de antiguos republicanos, si sabían disimularlo: la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, o el Instituto de Estudios Políticos y una revista como *Clavileño*, en Madrid, eran territorios de reconocida permisividad. O quizá de cínica displicencia ideológica... Y, a la vez, la conspiración inofensiva y tertuliana, la circulación —bajo mano— de libros prohibidos, la difusión de rumores y alarmas generaban en los medios intelectuales una sensación de compañerismo, en lugares que hacía bien poco fueron escenario de delaciones o campañas de descrédito. Por todo eso, Valverde no debió dar demasiada importancia a que su nombre figurara en una relación de títulos y autores donde también estaban Jorge Vigón (*El espíritu militar español. Réplica a Alfredo de Vigny*, número 7), el propio Rafael Calvo Serer (*España sin problema*, número 4; el título era una paladina respuesta a *España como problema*, de Pedro Laín Entralgo) o el reputado jurista pronazi Carl Schmitt (*Introducción europea a Donoso Cortés*, que fue el número 13 de la «Biblioteca del Pensamiento Actual»), menos explícito, en todo caso, en su defensa del absolutismo que el delirante panfleto de Federico Suárez Verdeguer, *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1840)*, número cinco de la serie. Valverde debió mirar, más bien, con agrado que la colección había arrancado con un título de Romano Guardini (prologado por Álvaro D'Ors) y otro de Theodor Haecker, y que el número 8 fue un templado ensayo del jurídico militar José María García Escudero (*De Cánovas a la República*) y el undécimo, una deslumbrante colección de trabajos del economista Román Perpiñá (*De estructura económica y economía hispana*). Y quizá pensó también que, a fin de cuentas, Rialp era la editora de la colección «Adonais» y de su premio de poesía, desde que a comienzos de 1947 la adquirió de su primer propietario, Juan Guerrero Ruiz.

En todo caso, Valverde no perdonó uno solo de los signos externos de sus convicciones y actitudes. *Estudios sobre la palabra poética* está dedicado *in toto* a Dámaso Alonso y a Luis Rosales, una dedicatoria ambiciosa que se entenderá mejor a la luz del breve prólogo. Y este va precedido de un expresivo exergo de W. H. Auden, a quien, sin duda, conocían muy pocos de sus lectores. ¿Petulancia juve-

nil? Más visible todavía se nos hace esta en la declarada intención de «reforma de costumbres en la crítica poética» y en la correspondiente denuncia de «la vieja penuria de crítica poética digna en nuestro idioma, y sobre todo, su desorientación metodológica (pues sólo en estos últimos años es cuando hemos podido empezar a contar con un reducido e insigne número de poetas-críticos enterizos)» (*Estudios sobre la palabra poética*, Madrid, Rialp, 1952, p. 10; en lo sucesivo citaré por *Estudios...*, con indicación de página).

A la cabeza de estos se encontraban, en efecto, Alonso y Rosales, destinatarios de la dedicatoria. El primero por haber publicado, en 1950, *Poesía española (Ensayo de métodos y límites estilísticos)*, que recogía su curso de 1949 en el Instituto de Humanidades, creado por Ortega. El segundo, en virtud de su extenso artículo «Algunas consideraciones sobre el lenguaje», impreso en 1947 por la revista *Escorial*¹⁴. Uno y otro habían hecho hincapié en la naturaleza lingüística de la poesía. Alonso lo hizo al readaptar las nociones básicas del *Curso* de Ferdinand de Saussure y convertir la concepción de *significante* en «todo lo que en habla modifica leve o grandemente nuestra percepción del significado», a la vez que consideraba al *signo* (suma de significado y significante) como algo no arbitrario, sino resultado de una «vinculación motivada» entre sus componentes. El trabajo de Luis Rosales, mucho menos conocido, halló su lugar en un importante número de *Escorial* dedicado monográficamente al lenguaje. Valverde había leído con provecho las contribuciones de Ernst Cassirer («El lenguaje y la creación del mundo de los objetos», traducido por Manuel Muñoz Cortés), Karl Bühler (vertido por Julián Marías), I.A. Richards («El poder de las palabras», primer capítulo de *The Meaning of Meaning*, en traducción de M(aría) L(uisa) G(efael)) y Walter von Wartburg, en versión de Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo. El extenso trabajo de Rosales, de naturaleza más poética que filosófica, sostenía que «el verbo es la voz del ser; la voz donde las cosas se sustancian y son. En esta voz del verbo todas las cosas se *dictan* a sí mismas, se *dicen* siendo». El platónico Rosales decidió llamar *logos* a esa fuerza expresiva que es, sucesivamente, «materia real», «conciencia real» y «despliegue temporal» del verbo: de modo

14. «Algunas consideraciones sobre el lenguaje», *Escorial*, XVIII, 55 (1947), pp. 363-436. Para una estimación más completa de la crítica poética en los años anteriores a 1950 es de consulta imprescindible la tesis doctoral de Sultana Wahnón, *Estética y crítica literarias en España (1940-1950)*, Universidad de Granada, 1988.

que, por acción recíproca, se encadenan «las cosas, que consisten en el pensamiento; el pensamiento, que consiste en las cosas; las cosas y el pensamiento, que consisten en el lenguaje; y las cosas, el pensamiento y el lenguaje, que consisten en la conciencia».

También Valverde quiere desmentir con sus trabajos el prejuicio «órfico-romántico» que hacía del poeta un ser incapaz de pensamiento teórico y de la poesía algo «incurablemente menor de edad». Quiere una crítica filosófica pero que no se limite a «traducir» la poesía a otros lenguajes (la filosofía, la historia o la política) sino que actúe «doblando sobre sí misma la palabra poética», para lo que «hay que depurar y vivificar nuestra idea del lenguaje como hecho primario y generalísimo —en todo caso, para el poeta— y poniendo el foco de nuestro mirar precisamente en la palabra» (*Estudios...*, p. 10).

Seguramente, Calvo Serer advirtió en estas frases y en tales antecedentes una saludable seguridad del autor en sí mismo (que debió resultarle simpática, incluso) pero, en el fondo, no pensó leer otra cosa que una manifestación de la vinculación del hecho poético y el hecho religioso (la propia solapa subraya que «esa primera intención metodológica es sólo instrumento de entrada a los problemas espirituales y religiosos de la poesía»). Por supuesto, esa dimensión del volumen es tan obvia como inocultable, pero el interés de los *Estudios sobre la palabra poética* reside en algo más importante: por un lado, quieren ser la expresión de una reconquista de la excelencia poética por parte de los poetas de 1949 y, en tal sentido, se erigen en aduana de valores; por otro, vinieron a convertirse en una de las más notables aportaciones a la creación de una crítica literaria sólida y autónoma, tras los años de desorientación y frivolidad que se habían vivido desde 1939. La vía de salida del *error neoclasicista* y del *error tremendista* fue —o quiso ser— una poética trascendentalista y, a la vez, poderosamente intuitiva, apoyada en una crítica de base idealista y platonizante, que confluía muy bien con el repertorio instrumental de la estilística. Valdría la pena estudiar algún día todas las causas, implicaciones y ecos de esta etapa.

EL CONCEPTO DE «PALABRA POÉTICA»: VALLEJO Y MACHADO

Se ha subrayado que el fundamento de los *Estudios...* es la consideración de la poesía como lenguaje, pero las fuentes de Valverde no son las de Alonso o Rosales. Este mismo año de 1952 nuestro autor

leía su tesis doctoral que versó sobre la filosofía del lenguaje de Wilhelm von Humboldt, el fundador y referente de la teoría idealista. En el prólogo de su edición (1955) confesaba que «entre las razones que me han instigado a tal tarea, no ha sido la menor el deseo de acarrear fundamentos al análisis de la obra literaria; bases filosóficas para una crítica que, no obstante, tenga suficiente autonomía»¹⁵. Buena parte del volumen es, en rigor, una traducción del texto de Humboldt y el resto una atractiva paráfrasis en la que Valverde pugna por arrimar el ascua a su sardina, incluso en la utilización de una terminología que ya vamos conociendo: «La palabra [...] brota en cada ocasión como algo nuevo, como producto vuelto a emanar del espíritu en su movimiento, enfrentándose a la mente después de nacer de ella, y al mismo tiempo haciendo al mundo de la misma materia del espíritu; y con esto, seleccionando, escogiendo e interpretando de entre la realidad el ángulo, el color, la formalidad armonizada en respuesta con la pregunta del alma»¹⁶. La proximidad a los términos del trabajo de Rosales es, a menudo, llamativa, como sucede cuando dedica un capítulo a la «Sucesividad y temporalidad del lenguaje», donde el trasfondo común es Antonio Machado, sin duda. En otras afirmaciones, sin embargo, Humboldt está leído a través de Karl Vossler, sin contar —por supuesto— con el *Tractatus* de Wittgenstein: «El pensamiento no ha elegido la colaboración del lenguaje; se ha encontrado existiendo consustanciado con él en la realidad del hombre»¹⁷.

Si la referencia humboldtiana es el sólido sustrato de la teoría de la «palabra poética», la experiencia personal de poeta viene a ser la otra matriz del concepto. Por eso, en la breve nota a sus versiones de Hölderlin (*Doce poemas*, publicado en «Adonais»), que se recogen en *Estudios...*, Valverde reivindica una lectura directa y efusiva del poeta frente a las lucubraciones de los *holderlinólogos* (Martin Heidegger había recogido en 1951 sus dos ensayos sobre el poeta, bajo el título *Der Ursprung des Kunstwerkes*). Y, en tal sentido, tiene capital importancia otro trabajo recogido en nuestro volumen, publicado en *Ínsula*, en 1949, y que, al parecer, le valió una felicitación efusiva de Juan Ramón Jiménez. Se trata de «T. S. Eliot, desde la poesía americana», un ajuste de cuentas con el eliotismo escrito con tanta brillantez como desparpajo, a un año justo de que Eliot obtuviera el Pre-

15. Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje, Madrid, Gredos, 1955, p. 10.

16. *Ibid.*, p. 39.

17. *Ibid.*, p. 42.

mio Nobel de Literatura. Para Valverde, tan celoso de una crítica a la altura de la lírica, no le es fácil, sin embargo, «aceptar ese tipo actual de poesía ‘con crítico incluido’», que encarna el autor británico. Y quizá en el hecho de que precisamente no lo sea, sino norteamericano adaptado a Europa (como Henry James), resida su afanosa búsqueda de una dificultad conceptual y su abuso del poliglotismo: máscaras ambas de una radical inseguridad porque «al poeta sólo le es lícito usar la palabra que le nace viva en la boca» (*Estudios...*, p. 131). La obsesión por exhibir cultura trasparece, en el fondo, la «cobardía» por hacer suya una auténtica «palabra» americana que sea condigna de «esa colosal nebulosa que aún no sabe del todo qué quiere ser» y que, hasta la fecha, ha tenido como única traducción lírica las cataratas enumerativas de Walt Withman. Y, sin embargo, los poetas de la otra América, la del sur, ante el mismo problema han sabido buscar otras soluciones que la huída: tal se anuncia en «el canto de gallo mañanero, aún en tiniebla, de César Vallejo, o en las canturrias de sibila irónica de Gabriela Mistral» (*Estudios...*, p. 133).

Tal premisa es la que vienen a desarrollar por extenso los dos primeros trabajos del libro, dedicados a la poesía de César Vallejo. No es que el peruano le parezca un gran poeta. Es, viene a decir «Notas de entrada a la poesía de César Vallejo», un «*grandísimo poeta pequeño*, cuya obra es un resto de naufragio, los escombros iniciales, eruptivamente expelidos de un primer intento medio abortado de producirse un poeta radicalmente nuevo, de lengua original y mágicamente virgen. Su verso está en el último límite del ay y del balbuceo, saltándolo, pero sin acabar de entrar aún a la plenitud de la palabra, a ser lenguaje adulto» (*Estudios...*, pp. 17-18). Pero, por todo eso, le resulta una suerte de *anima vilis* particularmente adecuada para explorar el funcionamiento de una «palabra poética», aun sabiendo que «raras veces pueden considerarse las producciones de Vallejo como poemas de pies a cabeza, en el más exigente sentido de la palabra poema» y teniendo en cuenta que en el escritor, el lenguaje parece obstinadamente reducido a su función *conativa*, a la «sensación, la experiencia casi pura, el calambre que hace prorrumpir en palabras lógicamente quebradas, engarzadas sólo por el hilo de la emoción» (*Estudios...*, p. 20).

Pero, a despecho de estas prevenciones, los apuntes de Valverde sobre los temas de la muerte y la infancia en la poética vallejana son muy certeros (con algún error de bulto: el poema LI de *Trilce*, que empieza «Mentira. Si lo hacía de engaños...», no alude a las peleas

de los niños sino a las complicadas relaciones amorosas del escritor con Otilia, la «nueva madre»). Y tampoco va descaminado al vincular el mundo del autor a la noción machadiana de «palabra en el tiempo», porque «la poesía, y en eso consiste su carácter lírico *sine qua non*, es, en el terreno situado allende la particularidad y que puede aspirar a validez universal, la palabra que rechaza menos el tiempo» (*Estudios...*, p. 25). La definición de la lengua vallejjiana es el objetivo del segundo trabajo, «César Vallejo y la palabra inocente», que desarrolla por extenso aquella apreciación que sorprendíamos en su artículo acerca de Eliot. Y es que el habla de Vallejo es esencialmente «americana». Los españoles peninsulares advertimos en ella la condición más conversacional y directa del habla del continente y quizá también la naturalidad que el tono declamatorio tiene en países donde la lengua hablada y la literaria están todavía cercanas. ¿Y el vanguardismo? Vallejo debe mucho menos de lo que parece al creacionismo, piensa Valverde, si lo comparamos con Juan Larrea y Gerardo Diego, e incluso con Vicente Huidobro. Si algo hay de mimetismo, en todo caso actúa sobre «una lengua inicialmente peculiarizada», cuya clave podría ser el uso deliberado de un remedo de la lengua infantil. «Una palabra para el niño —escribe Valverde—, empieza no sabiendo lo que va a ser; puede llevar a una isla de árboles llena de monos, o a una llanura blanca sin límites y sin pájaros» (*Estudios...*, pp. 78-79). También para nuestro escritor la lengua es una exploración tentadora, facilitada en su caso «por una mayor libertad y menor peso histórico del habla» (*Estudios...*, p. 84): la invención de neologismos, mezclados a arcaísmos, la introducción de «pedantismos, mas sacados de quicio e ironizados», el uso de mayúsculas arbitrarias o de una ortografía tan insólita como intencional, fueron, a fin de cuentas, las armas de una «palabra inocente», no en el sentido laico de Jorge Guillén, o en el «sentido angélico y pajaril de un Keats», sino «inocente en el precario y humilde sentido del niño redimido por el bautizo, pero envuelto siempre en los pañales del pecado, vuelto a sumergirse en él y, sin embargo, inocente» (*Estudios...*, pp. 92-93)¹⁸.

18. En su libro de 1949 *Escrito a cada instante*, Leopoldo Panero había dedicado su poema «César Vallejo» a José María Valverde: es un curioso ejemplo de taracea «al estilo de» y, a la vez, se insiste en las mismas claves interpretativas de los trabajos del crítico («indio manso hecho de raíces eternas», «insomne del alma hacia la inocencia imposible», «el triste brillo diminuto de su mirada infantil», «resonando como un ataúd hondamente», etc.) (cf. Leopoldo Panero, *Obras completas, I: Poesías (1928-1962)*. Ed. de Juan Luis Panero, Madrid, Editora Nacional, 1973, pp. 162-163). Puede que también conociera el poema de Gerardo Diego, «Valle Vallejo», que apareció en la edición española de *Trilce* —prologada por José Bergamín— en 1930 y que el poeta español incorporó después a *Biografía incom-*

El ensayo «Evolución de sentido espiritual de la obra de Antonio Machado» es inseparable del lugar donde apareció, el número 11-12 de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (septiembre-diciembre de 1949), consagrado al recuerdo de la memoria del poeta y precedido por una dedicatoria a su memoria que firmaron, desde Dámaso Alonso a Luis Felipe Vivanco, todos los colaboradores. Fue un buen lugar de precisiones y arrepenimientos (en fin, de culpabilidad) a diez años de la desastrada muerte del poeta: en el ofertorio inicial, Laín declaraba pasado el tiempo «en que las almas miopes podían enredarse en esta o la otra peripecia de un yo accidental del poeta y perder, con ello, el acceso a la fuente secreta y viva de su poesía» (*loc. cit.*, p. 238); en el primer artículo, «Carta de Octavio de Romeu al profesor Juan de Mairena», un conmovido y magistral Eugenio D'Ors confesaba su desengaño de las «ambiciones totalitarias», cuando «en Goethe quise encontrar espejo» (*ibíd.*, p. 298). También para Valverde, Antonio Machado era una invitación a la honradez intelectual y a la sinceridad. Y eso que el trabajo comienza con la más rechinantemente católica y absolutista de las declaraciones poéticas del crítico: «La poesía es ordenación, constitución de un cosmos con sentido en nuestra alma, y, por tanto, en su esencial necesidad de salvarse de su situación permanentemente insostenible, precaria e imperfecta», porque «la poesía, o es una ordenación de tendencia salvadora o es un mero pasatiempo —tal vez muy útil y respetable— para ciertos ratos del día» (*Estudios...*, pp. 97-98).

Nada menos machadiano que estas premisas y, sin embargo, el trabajo fue todo un hito en el entendimiento del poeta y un referente fundamental para entender las indagaciones más maduras de Valverde en torno al mismo tema¹⁹. Puede que el mérito mayor del exégeta

pleta (ediciones de 1953 y 1967) (cf. Gerardo Diego, *Obras completas. Poesía, II*, Madrid, Alfaguara, 1996, pp. 808-809).

19. Sobre la lectura de Machado en este número de *Cuadernos Hispanoamericanos*, cf. el capítulo VII. 3.2 en el citado libro de Sultana Wahnón, *Estética y crítica literarias en España (1940-1950)*, pp. 774-788, y sobre todo, Araceli Iravedra, *El poeta rescatado. Antonio Machado y la poesía del «grupo de Escorial»*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, que estudia la influencia de Machado en las poéticas de Ridruejo, Rosales, Vivanco y Panero y aprecia como muy reduccionista la visión colectiva del número de la citada entrega de *Cuadernos*. Los trabajos de Valverde se remontaban a un primer y desconocido artículo de 1945, «Notas sobre el misterio de la poesía de Antonio Machado», *La Estafeta Literaria*, 29 (25 de junio de 1945), p. 9; es un notable trabajo sobre «el misterio poético» que, a su entender, puede adoptar una forma aproximativa (la de Machado y Panero) o un modo explícito (el de Unamuno y Dámaso Alonso). Más tarde, en 1971, Clásicos Castalia acogió sus espléndidas ediciones de *Nuevas canciones. De un Cancionero apócrifo* y de *Juan de Mairena*, y en 1975 se publicó su libro de síntesis *Antonio Machado*, Madrid, Siglo XXI de España, (cf. al propósito José Olivio Jiménez y Carlos Javier Morales, *Antonio Machado en la poesía española. La evolución interna de la poesía española 1939-2000*, Madrid, Cátedra, pp. 169-173).

sea su llamada de atención al valor explicativo de la prosa machadiana, incluido el *Juan de Mairena* de 1936 («quien no se desconcierta en este batiburrillo, advierte inmediatamente la calidad de oro macizo del pensamiento», *Estudios...*, p. 121). Si la lectura de los primeros poemas le ha permitido observar el tránsito hacia «un romanticismo venido a postromanticismo por la corrosión de la ironía» (*Estudios...*, p. 105), el manejo de las «Reflexiones sobre la lírica», de 1925, y de las primeras prosas de Abel Martín y Mairena le hacen ver cómo la poesía de su inventor acaba por hacerse «radicalmente antirromántica, oponiéndose al concepto burgués de la poesía como expresión del yo del poeta», aunque, a la vez, sea consciente de la imposibilidad de que «la poesía pueda vivir en una atmósfera exclusivamente lógica, de vigencia abstractamente universal» (*Estudios...*, p. 115). ¿Cómo resolver esa renuncia paulatina e implacable a las posibilidades de poetizar, que fue acendiéndose en la vida del escritor? Machado, sigue Valverde, pasó del «impulso constructivo» de la palabra a la «gravitación hacia el nihil» y, a la postre, «no pudo vivir sobre la esperanza inventada por él mismo, destrozado entre la fusión del horizonte y la altura a donde volaba, y de la grandeza del mar adonde iban a desembocar las fuentes que él alumbraba, y entre su desdichada condición de hombre que solo posee en definitiva el letal don de la inteligencia» (*Estudios...*, pp. 123-124).

Ese final es espléndido. Un poeta creyente entiende a otro que es, a la vez, cristiano y agnóstico, una voz que —como ha dicho más arriba— es «vehículo de la voz suprema, pero a quien le es negado vivir a la sombra de esa voz a la que sirve» (*Estudios...*, p. 100; no creo que Valverde hablara aquí de la voz de Dios, lo que sería demasiado torpe y catequístico, sino de la imposibilidad intelectual de la trascendencia en el alma de Machado). Una inquisición parecida se propusieron en nuestro libro dos trabajos menores por la extensión y el alcance teórico. «Plenitud crítica de la poesía de Jorge Guillén» está escrito como reseña del *Cántico* de 1945, primero que el poeta subtítulo como «Fe de vida». Y no nos extrañará a estas alturas que contenga, en forma de exergo, una larga reflexión de Juan de Mairena acerca de un futuro en que los poetas cantarán los hallazgos de la metafísica y los filósofos hablarán del fluir del tiempo subjetivo. Guillén es, en efecto, un poeta filosófico, «el poeta más eleático de la historia» (*Estudios...*, p. 164), y quien ha usado con mayor aplomo de un léxico sustancialmente tomista: palabras y locuciones como *sustancia* y *accidente*, *en acto* y *en potencia*, son tan familiares a sus

lectores como lo es el uso reiterado del adverbio *ya* o la reveladora construcción de abstractos a partir de la fórmula *lo* + adjetivo. Pero, si se compara este nuevo *Cántico* americano con el de 1936, se hace patente que en el horizonte del poeta han aparecido ya «el dolor y la imperfección» (*Estudios...*, p. 185), al igual que algún pretérito imperfecto se desliza en un orden verbal constituido de rotundo tiempo presente.

¿Cómo será la futura poesía de Guillén, se pregunta al concluir? Es indudable que la actual le resulta tan admirable como distante. Su ideal ético está, por ahora, más cercano de otros: por ejemplo, de su cuñado Luis Felipe Vivanco que acaba de publicar *Continuación de la vida*. En su reseña, «La humildad de ser poeta», Valverde vuelve a quejarse de la endeblez de la crítica nacional de poesía. Solo así se explica que haya pasado casi inadvertido este libro que no es poesía mística sino ascética: «libro de adviento, expectante y penitencial» (*Estudios...*, p. 195). ¿No habría de ser así toda la poesía, una búsqueda de la salvación? «Lo que mueve a crear a un poeta de este talante —apunta— mucho antes que el simple instinto de engendrar nuevas realidades bellas, es el afán de perfeccionarse, aclararse y salvarse en la palabra, que, por ser el ámbito donde el hombre se hace plenamente hombre, resulta también la tierra santa, el lugar de la revelación y la ladera de acceso a Dios» (*Estudios...*, p. 197).

La «palabra poética» es, en primera instancia, tanteo en la oscuridad, búsqueda de certezas y, al cabo, material de biografía personal. Pero cristaliza en «poemas» y el poema (recordaba la poética de la *Antología consultada*) es también una realidad autónoma (en cierto modo, al menos). El breve y denso trabajo final de los *Estudios...*, «San Juan de la Cruz y los extremos del lenguaje», podría parecer a primera vista la culminación religiosa del volumen, su definitiva vuelta «a lo divino». Y, sin embargo, es paradójicamente la expresión de un conflicto hermenéutico irresoluble: ¿la poesía se explica o simplemente se acompaña? El punto de partida es la dualidad de creación lírica en verso y comentario en prosa en la obra juanista. ¿Buscan cosas diferentes? ¿Mantienen una relación orgánica entre sí? Apoyándose en el distingo establecido a propósito de Vivanco, Valverde piensa que si una, la poesía, es la vía mística, la otra, la prosa, sería la ascética. Pero ambas en idéntica dirección: «En uno y otro estadio, la palabra se encuentra ante su propia destrucción, ante algo que la puede hacer ya estallar, incapaz de aliento». Frente al poeta se abren siempre dos vías: el «simbolismo» y el «autoaniquilamiento». Y «este

es el conflicto, el problema, probablemente, el gran problema moral de la creación literaria» (*Estudios...*, p. 211).

FINAL

No es este el lugar de contar la historia entera. Pero 1952 pasó, y transcurrieron todos los hermosos días romanos y en 1956, el mismo año en que los disturbios madrileños de febrero acababan con el ministerio Ruiz-Giménez, Valverde se veía Catedrático de Estética de la Universidad de Barcelona. Cambiaban los tiempos y el «ascendido de generación» iba a encontrar, por fin, la suya. La cosecha intelectual del año fue particularmente buena. Ganó el Premio Nadal la novela *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, y se había quedado en las puertas del «Adonais» de 1955, *Áspero mundo*, de Ángel González (nadie se acuerda de que obtuvo el galardón *Hombre en forma de elegía*, del bilbaíno Javier Bengoechea: no es mal libro): el primer título era un relato de mucha trastienda e intención, tras su aparente objetividad coral, y el segundo era una «palabra poética» que debía mucho a la de Vallejo y quizá también a la de Otero. En todo caso, era un modo muy nuevo de «poesía desarraigada». Un año antes, Jaime Gil de Biedma había traducido y prologado *Función de la poesía y función de la crítica*, de Eliot, donde se polemizaba con la idea que equiparaba poesía y comunicación, formulada por Carlos Bousoño y respaldada por la referencia a Vicente Aleixandre. No es casual que el librito se hubiera publicado en la «Biblioteca Breve», de Seix-Barral, que Carlos Barral había organizado con la ayuda imprescindible de Joan Petit y la esporádica pero entusiasta de sus amigos. Y, en Madrid, Taurus había lanzado su colección de «Ensayistas de Hoy», donde iban a tener mucha importancia el grupo de católicos progresistas madrileños y su gran amigo José Luis Aranguren. Y en Palma, Camilo José Cela, que buscaba una solidez intelectual que acompañara su notoriedad más bullanguera de padre del «tremendismo», creaba los bonitos e imprescindibles *Papeles de Son Armadans*.

Valverde está muy activamente en todos esos sitios. Barral le publica en 1959 *Cartas a un cura escéptico en materia de arte moderno*, librito que es algo más que una burla de un famoso título de Jaime Balmes y que un vejamen del mal gusto eclesiástico en orden a las bellas artes. En realidad, y aparte de las bromas (como las dedicadas a la iconografía del Corazón de Jesús en la carta IV), el texto

es una reflexión bienhumorada sobre la recuperación de la funcionalidad y la decadencia del decorativismo a lo largo de la historia del arte. Quizá sea demasiado decir que es un diálogo con las *Lecciones de estética* de Hegel²⁰; en cualquier caso, la alta hermenéutica de los *Estudios sobre la palabra poética* ha bajado a la calle, se ha puesto de paisano y, aunque sobrevive la ironía que es consustancial al estilo de Valverde, las declaraciones apodícticas tienen un alcance mucho más secularizado, mal que pese al tema. Y es que el escritor empieza a ver en los prejuicios y en la hipocresía el enemigo de toda forma de grandeza estética. Y ese es problema fundamental. Para *Papeles de Son Armadans* escribió en 1957 una divertida «Carta a un lector de Benavente» —en 1956 había muerto el comediógrafo—, un lector real al que muchos días veía tomar un convoy de los Ferrocarriles de Cataluña, el mismo que él abordaba en Sant Cugat, y «enfundado en su excelente gabardina, digna de quien toma el tren en Sabadell», leer los tomitos verdes de las *Obras completas*: «A estas alturas, usted sabrá mejor que yo en qué consiste el teatro de Benavente. Se parte de una frasecita, no de una frase entera que proclame una rotunda convicción —como la de que la vida sea sueño, o que los reyes son los mejores alcaldes posibles—, sino de una frasecita, de eso que los gramáticos llaman una locución —perdone pero si yo tomo el tren a estas horas es porque voy a dar clase—, es decir, una de esas piedrecillas que arrastra el agua del idioma, o mejor, uno de esos grumos que a veces se quedan en la lengua al hablar, tenazmente adheridos. Esa tal frasecita ya lleva consigo todo un ambiente: el de una sociedad española que convenimos en llamar burguesa y en decir melancólicamente que está desapareciendo»²¹.

No le gustaba aquella sociedad. Por huir de ella, él, católico, llegó a un admirable sacrificio personal que alguien podrá entender como masoquista. Quizá tuviera algo de ello, pero siempre será más digno un masoquista reflexivo y machadiano que un iluminado agresivo. En 1965, por solidaridad con los profesores madrileños expulsados por el franquismo, renunció a su cátedra barcelonesa («Nulla

20. Cito el libro por su reimpresión en el marco de las *Obras completas* de José María Valverde, III. *Escenarios: estética y teoría literaria*. Ed. de David Medina, Madrid, Trotta, 1999, pp. 131-168. La hipótesis hegeliana figura en el breve e inteligente prólogo de José Jiménez, «La estética de José María Valverde» (p. 13), donde se hace el debido hincapié en el «escepticismo» del escritor acerca de los conceptos críticos (al respecto, es curiosa su pesimista utopía dramatizada «La crítica literaria en 1975» que apareció en *Revista*, en 1956, y que puede leerse en *El arte del artículo (1949-1993)*, ed. cit., pp. 73-75).

21. Cito por la reimpresión en *El arte del artículo (1949-1993)*, ed. cit., p. 86.

aesthetica sine ethica. Ergo, apaga y vámonos», dicen que dijo pensando en la sanción de Aranguren) y profesó en América. En el poema «Sobre mi imposibilidad de escribir una elegía madrileña», al final de su libro *Enseñanzas de la edad*, sustanció los cargos contra sí mismo, a la vista del Madrid «desarrollista y pobretón a un tiempo» de 1970:

Han ganado los míos, los que quise
que me salvaran cuando en mis principios
me entró miedo a los vientos del mañana.
Madrid es suyo, y yo crecí con ellos.
No fuí nunca inocente. Lo fingía
sospechando, allá al fondo, algo muy sucio²².

Y a su antiguo discípulo, el futuro gran poeta catalán Narcís Comadira, le confiaba en 1968 que «...una lección saqué / de cuarenta años de ingenuidad: es ésta: / la clase dominante, nuestros dueños, no son / nada tontos; lo fingen, de puro listos»²³. Y no hay otra verdad que valga la pena ir a buscar sobre la tierra... Por eso, recordando la «Ballade des pendus», de Villon (y me imagino que también a Bertolt Brecht), el «Colofón escrito al corregir las pruebas de este volumen, también con el sentir de Carlos Barral, poeta y editor de poetas», al final de *Enseñanzas de la edad*, nos conmina a la piedad (a la piedad lúcida) a todos, incluidos, supongo, los historiadores de la literatura:

Compañeros, poetas del futuro,
sed buenos con nosotros
[...]
Diréis: «No dieron una, pobre gente,
hechos a lo sublime, de repente,
quisieron ser reales, y era tarde»²⁴.

22. *Enseñanzas de la edad (Poesía 1945-1970)*, ed. cit., p. 213. La imagen del Valverde posterior a 1956 se recoge muy bien en el artículo de Lluís Álvarez, «Vida y estética de José María Valverde», *Revista de Occidente*, 197 (1997), pp. 137-152, y en las páginas de homenaje que le tributó la revista *El Ciervo*, XLV, 541 (1996), pp. 8-24, con opiniones de Xavier Rubert de Ventós, Pasqual Maragall, Victoria Camps, Carlos Pujol, Francisco Rico, Norbert Bilbeny, Rafael Argullol, Jordi Llovet, Lorenzo Gomis, José Antonio Fernández Ordóñez, Joan Alemany y Francisco Fernández Buey. Algo anterior es el monográfico de *Cuadernos de Traducción e Interpretación*, 2 (1982), con colaboraciones de Jesús López Pacheco, Víctor Sánchez de Zavala, Rafael Argullol, Antonio Tovar, Isabel Paraíso, Victoria Camps y Fernando Valls.

23. *Ibid.*, p. 193.

24. *Ibid.*, p. 215.